

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

EL TRABAJO EN LA ESCUELA INICIÁTICA II
Salida de sol del 29 de agosto de 1978

Lectura del pensamiento del día:

"Es cierto que no siempre es bueno decir la verdad, pero siempre es bueno conocerla; el conocimiento de la verdad nunca perjudica. Jesús decía: "No echen perlas a los puercos." Estas perlas son aquellas verdades para las que los humanos todavía no están preparados. Y si se las presentan, no solo no van a apreciarlas, sino que vendrán a destrozarlos. No expongan la verdad, así como así, más bien guárdenla preciosamente, porque ella los liberará, los reforzará. La verdad solo trae desgracias si la revelan ante gente malvada y tenebrosa. Pero si la conocen para poder utilizarla ustedes mismos, estarán siempre en posesión de este oro, de estos collares, de estas perlas: los mirarán, los contemplarán, los tocarán, y los volverán a encerrar después en su cofre interior, en lo más profundo de su ser, y, así, ¿qué desgracia pueden provocar? Ustedes se refuerzan y, de esta manera, se volverán capaces de ayudar a los demás."

* * *

Sí, si el mismo Jesús dijo: "No echen perlas a los puercos", es porque no es prudente revelar la verdad a aquellos que no están preparados para recibirla. Pero, para aquel que está preparado, el conocimiento de la verdad es la mejor de las cosas, puesto que se dice también en los Evangelios: "Conocer la verdad, y la verdad los hará libres." ¿Hay algo más extraordinario que ser libres? Pues bien, es la verdad la que tiene la propiedad de liberarnos. La verdad tiene la propiedad de liberar, igual que el amor tiene la de dar calor y la sabiduría la de iluminar. Cada cualidad, cada virtud, posee unas propiedades particulares, y la propiedad de la verdad es, pues, liberar, porque la verdad está conectada con la voluntad,

con la fuerza.

Para poder resolver los problemas hay que conocer las propiedades de cada virtud y encontrar la virtud adecuada para cada dificultad. En su casa tienen una cerradura con su llave para cada puerta; no pueden abrir todas las puertas con la misma llave, y tienen que encontrar, por tanto, la llave que corresponde. En la vida psíquica también hay llaves diferentes para abrir las diferentes puertas. Hay llaves para abrir los corazones, para abrir las almas, las voluntades, los intelectos... Hay que encontrarlas y saber servirse de ellas. Las tres llaves esenciales son el amor, la sabiduría y la verdad: el amor que abre el corazón, la sabiduría que abre el intelecto y la verdad que abre la voluntad. Cuando tienen que resolver un problema, prueben las diferentes llaves. Si la primera no abre la puerta, prueben la segunda, y si la segunda tampoco abre, prueben la tercera. Dirán: "Pero ¿dónde podemos encontrar estas llaves?" Pues aquí, en la Fraternidad Blanca Universal tienen una tienda en la que encontrarán todas las llaves.

Pero volvamos a la cuestión de la verdad. En la vida espiritual existe una regla que dice que cuando recibimos una verdad, debemos vivirla primero nosotros antes de difundirla a nuestro alrededor. Sí, se trata de una regla importante que deben recordar. Primero hay que experimentar una verdad, hacer ejercicios con ella, y, cuando ésta se haya hecho finalmente carne y hueso en ustedes, estarán tan fusionados con ella que ya nada en el mundo puede después hacérsela perder. Mientras que, si al día siguiente de conocer una verdad ya empiezan a predicarla, seguro que los abandonará: la habrán expuesto en la plaza del mercado, ya no les pertenece, y de nuevo se sentirán débiles y desgraciados. Deben, pues, guardársela primero para ustedes, para que les aporte fuerzas gracias a las cuales podrán triunfar en las pruebas que tengan que atravesar. Y, después, ya no los abandonará.

Mientras no hayan vivido y experimentado una verdad, ésta no forma parte de ustedes; por eso puede abandonarlos y luego tendrán que sufrir para volver a encontrarla. Deben guardarse las verdades para ustedes durante un cierto tiempo, vivir con ellas para hacerlas verdaderamente suyas: entonces, no sólo ya no los abandonarán, sino que, cuando las digan a los demás, tendrán una fuerza, un poder tal, gracias a su acento de sinceridad, que lograrán convencerles. El timbre de su voz, las emanaciones que saldrán de ustedes lograrán convencer a cualquiera, porque habrán conservado durante mucho tiempo estas verdades dentro de ustedes y, al conservarlas, las habrán reforzado.

Cuando hayan trabajado para vivificar en ustedes ciertas verdades, cuando estén soldados con ellas, serán un poder formidable, y hasta se llegará a despertar su intuición para saber a quienes deben revelarlas. Porque, es cierto, es muy arriesgado revelar verdades a aquellos que no están preparados. Cuando Jesús decía que no había que dar perlas a los puercos, sabía de lo que hablaba. Una verdad puede producir en ciertos seres unas fermentaciones espantosas, mientras que la misma verdad dicha a otro produce en él una verdadera iluminación: porque está preparado para recibirla.

La quintaesencia de las Iniciaciones antiguas estaba contenida en estas cuatro palabras: saber, querer, osar y callarse. ¿Y por qué callarse? Pues bien, justamente porque los descubrimientos que se hacen gracias a las tres actividades precedentes: saber, querer y osar, son de una naturaleza, de un poder tal, que es muy peligroso revelarlos a aquellos que no están preparados o que tienen malas intenciones. Sí, callarse muestra la importancia inconmensurable de este saber, de este querer y de esta audacia. Una de las más grandes tragedias de la humanidad es la tendencia que tienen los hombres de utilizar las mejores cosas para las peores empresas. Como no tienen las cosas claras, ni son desinteresados, se las arreglan siempre para que todo aquello que podría servirles para su salvación solo sirva para su ruina. ¡Miren cuántos investigadores han lamentado haber revelado los descubrimientos que hicieron, porque fueron inmediatamente utilizados con fines destructivos! En el futuro será diferente, se dirá: "saber, querer, osar, y... ¡hablar!". Como los hombres estarán más evolucionados, se les podrá hacer las revelaciones más grandes, porque estas producirán en ellos unos efectos magníficos. Pero, mientras tanto, hay que callarse y seguir el consejo de Jesús de no echar perlas a los puercos.

Dirán: "Pero, bueno, ¿no podemos dejar a la gente chapoteando en la oscuridad!" No, claro, pero para poder ayudar a los demás nosotros mismos debemos tener las cosas muy claras y ser muy fuertes. Si tienen la luz y la fuerza, de acuerdo, adelante, pero no antes. Ayudar a los demás es muy difícil. Cuando la Fraternidad sea mucho más fuerte y sólida de lo que es ahora, cuando nada pueda ya hacerla vacilar o disgregarla, entonces, sí, podrá acoger a cualquiera, pero ahora no. De momento busquen solamente a aquellos que son capaces de comprender las verdades de la Enseñanza y de trabajar con nosotros. Hay que ser muy sólidos y estar muy convencidos para poder llegar a resolver los problemas de los demás. ¿Cómo quieren ayudarles si todavía dudan y se dejan perturbar por cualquiera?

Al escucharme decir esto, algunos pensarán, claro, que no tengo ningún amor por los humanos, mientras que ellos, evidentemente, ¡están llenos de amor! ¿Pero cómo comprenden el amor? Todavía no saben lo que es el verdadero amor. El verdadero amor es transformar a los humanos, hacer de ellos divinidades, eso es el verdadero amor. Que no me cuenten historias. Tienen mucho amor, supuestamente, ¡y este amor, tan poco iluminado, acaba convirtiendo en un demonio o en un monstruo a la persona que aman! Con el pretexto de que le aman, de que quieren salvarle, se juntan con un borracho, con un anormal, o con un libertino, y, como no saben lo que tienen que hacer, los resultados son lamentables. ¡Cuántas mujeres han consagrado su vida a maridos borrachos que, lejos de ser salvados, las arrastraban también a ellas a la perdición! Hacer el bien no es fácil. Hacer el mal es muy fácil, pero para hacer el bien se necesita una gran inteligencia, grandes capacidades, porque, si no, queriendo hacer el bien, lo que hacemos es el mal, sin ni siquiera darnos cuenta. ¡Cuántas veces lo he visto!

Ya he dejado venir a la Fraternidad a muchas personas, aun sabiendo que todavía no estaban preparadas. Pero mi pedagogía consiste en dar siempre una oportunidad a la gente; así que, cuando insisten en venir, es muy raro que me niegue. Hay que tender la mano lo más a menudo posible, y algunos a los que di mi confianza, cuando al principio no la merecían, se mostraron a la altura más tarde. En cuanto a los demás, peor para ellos, algún día comprenderán.

Si tuviera que actuar siempre según la justicia, aquí no estaría casi nadie. Así que actúo según el amor, y por eso soy feliz. El amor es el poder más grande. Pero, en vez de amar a cualquiera, o a cualquier cosa, he logrado amar algo mucho más sustancial: la Fraternidad. Gracias a mi amor por la Fraternidad resuelvo todos mis problemas y soy feliz. Si cada día puedo traerles nuevas riquezas, es gracias a mi amor, así de simple. No leo libros, no tengo tiempo, pero, cuando miro sus caras, ya está hecha la conferencia: son ustedes los que me traen todo lo que tengo que decir. Sí, he descubierto un gran secreto.

El problema que siempre se plantea con la verdad es saber si tenemos que decirla o no. Alguien pretende que ama la verdad, que se siente obligado a decirla, y, muy orgulloso de este amor por la verdad, va a ver a su amigo y le cuenta: "¿Sabes?, he visto a tu mujer con fulano." ¡Y hay tres muertos! ¿Acaso hay que decir siempre la verdad, sin consultar con la sabiduría? ¿Por qué ha sido creada la sabiduría? Pues bien, justamente, para

que le preguntemos cómo, cuándo y a quién podemos decir la verdad. Porque no hay nada más terrible que la verdad, no hay nada más catastrófico que ella, si la sabiduría no está presente para dosificarla, y también el amor. Algunos aman mucho la verdad y dicen siempre la verdad, y el resultado es que tienen chichones en la cabeza. Eso no quiere decir que haya que mentir, no, pero las tres cosas deben ir juntas: el amor, la sabiduría y la verdad.

Incluso para un Iniciado el problema es saber cómo hacer aceptar la verdad a los humanos. Por ejemplo, viene una hermana a verme y dice: "Maestro, me gustaría que me dijese cuáles son mis debilidades, los defectos que debo corregir. ¿Y no se molestará? – No, no, lo aceptaré todo." Empiezo a decirle algunas palabras, ¡y ya está llorando! Entonces le digo: "Si usted llora, tendré que detenerme, porque está usted tan sumergida en sus sentimientos, en sus penas, que no escucha nada de lo que le explico, ni siquiera lo oye". Para poder comprender hay que acallar los sentimientos. ¿Qué podemos comprender cuando estamos molestos, apenados?

Y no crean que esto solo ocurre con aquellos a los que recibo personalmente. Cuando hablo en la sala, veo que algunos están descontentos con mis explicaciones y que, en vez de escucharme, se dejan llevar por su descontento. Si es para no oír nada, para no comprender nada, es inútil venir aquí. Deben venir solamente para conocer unas verdades que no conocen y que van a ayudarlos a transformar su vida. Para eso deben aceptar que los sacudan un poco. Si siempre tengo que compadecerlos y decirles: "¡Pobre!, ¡qué desgraciado eres!", ¿de qué les servirá? Cuando un niño se cae y se lastima, llora un poco, claro. Y si entonces le dicen para consolarle: "Pobrecito, te has hecho daño, ¡qué desgraciado eres!", va a llorar diez veces más fuerte y durante mucho más tiempo. Mientras que si le dicen: "Venga, esto no es nada", se levanta y se acabó, y dos minutos después ya no piensa en ello. No crean, pues, que siempre deben consolar a la gente, porque a menudo este es el mejor medio de aumentar su debilidad y su pereza.

Cuando vienen aquí, saben los tesoros irremplazables que reciben, y por eso deben procurar aceptar todo lo que venga de mí. El papel de un Maestro no es sólo manifestar mucho amor y ternura. Para el progreso y el avance de sus discípulos, debe también mostrarse severo, diciéndoles ciertas verdades. Si los discípulos no aceptan esta severidad, es que no tienen nada que hacer en una Escuela iniciática. Un Maestro tiene necesidad de obreros que acepten ayudarlo en su trabajo divino, y, si solo se

preocupan de su pequeña personalidad, se sienten siempre molestos, y son inútiles. Los verdaderos discípulos deben dejar a un lado su personalidad y mostrarse todo espíritu, todo inteligencia. Entonces, sí, su Maestro puede contar con ellos.

Si los discípulos buscan solamente cumplidos, halagos, es que todavía son bebés. Se vuelven adultos cuando empiezan a aceptar la quinina y el amargor. Muchos santos y profetas, en el pasado, aceptaron el martirio para ganar la gloria divina, mientras que nuestros contemporáneos, mírenlos, es lamentable, solo piden vivir entre algodones. Yo no les pido que busquen el martirio, sino solamente que sepan afrontar algunas pruebas para conocer la verdad: solo entonces se volverán adultos. Cuando están enfermos, aceptan algunos remedios desagradables para curarse. Pues bien, en el dominio espiritual hay que hacer lo mismo: están enfermos desde hace mucho tiempo y tienen necesidad de un tratamiento para curarse. Si no quieren aceptar nada, tanto peor, no se curarán.

Yo hago experimentos con todo el mundo: pincho a algunos con una pequeña aguja (figuradamente, claro) y si veo a uno que se molesta, que se rebela, me digo: "Con este no puedo contar." Pero, si lo acepta diciendo: "Puesto que el Maestro actúa así conmigo, debe haber alguna razón para ello, es para mi bien, lo acepto todo de él", entonces, sí, sé que he encontrado a uno de los pocos con los que puedo trabajar. Porque, es cierto, en el mundo es muy raro encontrar a alguien que sea fuerte, estable, sólido. ¡Todos son tan susceptibles, tan vulnerables, tan neurasténicos!

Por eso, los criterios que utiliza un Maestro para juzgar a alguien y saber si puede contar con él para el trabajo son muy diferentes a los de la mayoría de la gente. Un Maestro no se fija ni en sus conocimientos, ni en su mano izquierda. Lo que le interesa es saber si son estables, fuertes, fieles; el elemento más precioso para él es el carácter. Adquirir mano izquierda o erudición es fácil, basta con unos meses o unos años, mientras que son necesarios siglos y milenios para obtener y desarrollar cualidades morales. Un Maestro cuenta, pues, con el elemento que es menos visible, pero más importante: con lo que hay en el fondo del ser, y, cuando constata la presencia de este elemento en alguien, dice: "Este no tiene instrucción, no está muy desarrollado intelectualmente, pero esto no es grave, en unos años puede obtener todo eso. Por el contrario, es paciente, perseverante, tenaz, y esto es lo esencial, ¡porque estas son unas cualidades que cuesta muchísimo tiempo adquirir!" Por eso escoge para trabajar con él a aquellos que ya poseen estas cualidades.

Es posible instruir a un hombre, con unos años basta; pero lograr que llegue a ser estable, si es voluble, ni siquiera un Maestro puede hacerlo. Por eso yo no me ocupo de personas que no tienen cualidades de carácter, porque sé que nunca podré contar verdaderamente con ellas. Siempre puedo influenciarles un poco, claro, como un imán, que comunica su magnetismo a un pedazo de hierro... Pero, de la misma manera que el hierro imantado vuelve a convertirse en un simple pedazo de hierro cuando se aleja del imán, la persona va a perder todo lo que le he dado en cuanto se aleje de mí. Nunca nada es estable y duradero cuando no viene del ser mismo. Tienen que saber esto para no hacerse falsas ilusiones.

Les decía hace un rato que, cuando recibimos una verdad, tenemos que vivirla antes de revelarla a los demás. Pero, para vivir una verdad hay que tener un método de trabajo, y, justamente, eso es lo que no tienen. No saben cómo trabajar cada día con eficacia. La prueba es que, al finalizar las conferencias, en vez de tomar una verdad que acaban de oír y de meditar sobre ella, de profundizarla, y, sobre todo, de preguntarse cómo pueden aplicarla en su vida, empiezan a hablar a diestro y siniestro, y a ocuparse de toda clase de otras cosas. Si unas horas después les preguntan sobre la conferencia, ya no se acuerdan de nada, porque no han dejado entrar mis palabras lo suficiente en su corazón y en su inteligencia; se han quedado en la superficie. Después de la conferencia, dicen: "Sí, ha sido muy interesante, ¡extraordinario!", y eso es todo. No profundizan nada, no aplican nada, y cada día van a volver a escuchar nuevas verdades que tampoco las van a aplicar. Y entonces no sirve de nada. Podrán venir a escuchar conferencias, y no avanzarán, porque, para avanzar, no basta con escuchar verdades, hay que aplicarlas.

La mejor forma de actuar es poner en práctica una verdad, un método, el mismo día que lo reciben. En cuanto se los dé, traten de aplicarlo inmediatamente. Toman notas en un pequeño cuaderno, y eso está muy bien, solo que, una vez que hayan regresado a sus casas, ponen los cuadernos en un cajón y no los miran más. Si, supongamos que tienen que pasar periodos difíciles, se sienten desgraciados y lloran durante semanas enteras; y, una vez que han acabado de llorar, un día, por casualidad, abren sus cuadernos de notas ¡y se dan cuenta de que allí estaban todas las aclaraciones y los métodos que habrían podido salvarlos! Varios de ustedes me han confesado que les había sucedido: "Después de haber sufrido durante meses encontré en sus conferencias la luz que habría podido iluminarme." Es una lástima que no la encontraran en el momento que la necesitaban. Sí, mis queridos hermanos y hermanas, hay que tener un

método de trabajo.

Vamos a ver ahora lo que son capaces de hacer cuando vuelvan a sus casas. Yo ya no estaré allí para ver lo que hacen, pero el Cielo sí que estará siempre. Cuando se les han distribuido grandes verdades, hay otros seres que vigilan para ver lo que van a aplicar y realizar. Según sean sus progresos, se les abrirán otras puertas y recibirán nuevas riquezas, o, al contrario, las puertas se les cerrarán y ya no recibirán nada más.

* * *

